# LA TENTACIÓN POPULISTA
## Una vía al poder en América Latina

COLECCIÓN SÍNTESIS • POLÍTICA

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

# Parte I
# En busca del concepto perdido

Introducción

# ¡El populismo ha muerto, larga vida al populismo!

El populismo ha sido una fuerza fundamental en la democratización de América Latina y en la incorporación simbólica y efectiva de sectores que se encontraban excluidos tanto política como económicamente del sistema político. Las primeras manifestaciones populistas impulsaron la apertura de regímenes oligárquicos que no permitían (o limitaban) la participación de sectores medios y pobres de la sociedad, favoreciendo la rotación de la élite que controlaba el acceso a los cargos de poder y haciendo más plural la representación política.

Ahora bien, el efecto inclusivo de los populismos se contradijo con muchas de las prácticas políticas usadas por sus líderes, ya que al mismo tiempo que incluían a ciertos sectores, eran antidemocráticos e incluso excluyentes con otros grupos. A diferencia de otros países que incorporaron a los individuos a partir de la extensión y profundización de los derechos ciudadanos, en algunos países latinoamericanos se les integró, no como individuos, sino como pueblo. De este modo se transformaban los derechos individuales en derechos de un colectivo, se potenciaban sus formas moralistas, personalistas y autoritarias, favoreciendo la confrontación discursiva y antagónica entre los grupos sociales, y se exaltaban las bondades de la democracia plebiscitaria. Mientras se incorporaba a los individuos como pueblo, se les quitaba su condición de individuos, minando las posibilidades de pluralismo de las democracias representativas liberales.

Esta naturaleza bifronte del populismo es lo que ha dificultado su análisis, ya que mientras se le reconoce como un instrumento de mediación entre Estado y sociedad civil, una estrategia de representación que favorece el acceso de la gente común a las instituciones, también se le responsabiliza por la debilidad institucional que puede provocar, el autoritarismo y la polarización política. Por todo ello, muy pocas personas permanecen impasibles frente al populismo. O se está a favor o se está totalmente en contra. Sólo basta revisar su intrigante historia para darse cuenta del impacto que ha tenido sobre la política de la región y sobre el universo simbólico de los latinoamericanos.

El populismo no consigue poner de acuerdo a la gente respecto de lo que es, cuáles son sus características definitorias y cuál el núcleo que convierte a un líder en populista y, a través de él, esa cualidad se extiende a un gobierno, a un movimiento o a una

política pública. Esa naturaleza imprecisa, polisémica y evasiva del término, se hace extensible a su descendiente más dilecto: el nuevo populismo. En ambos casos, se alude a fenómenos parecidos, unidos por una especie de cordón umbilical (el *genus* político), pero que adopta poses distintas y manifestaciones diversas según los contextos, modas ideológicas, las características del diseño institucional o del sistema de partidos del país en el que emerge.

¿Cuál es el populismo que muchos han declarado muerto y cuál el que aparece una y otra vez en América Latina? Parece evidente que el populismo como modelo de desarrollo nacional y popular fue el que desapareció en la década de 1990, tras los gobiernos del argentino Carlos Menem, el brasileño Fernando Collor de Mello, el peruano Alberto Fujimori o el ecuatoriano Abdalá Bucaram, que mostraron la naturaleza política del populismo más que su vertiente económica. La clave parecería estar en la manera en que el líder se relaciona con los seguidores, el modo en que los moviliza o el tipo de discurso de interpelación que emplea. El populismo describiría entonces a un estilo de liderazgo, elemento que permanece relativamente constante en las diferentes experiencias que han sido denominadas como populistas.

La presencia del populismo en América Latina, en cualquiera de sus manifestaciones, es lo que amerita una nueva reflexión sobre el tema. En un momento donde algunos países latinoamericanos están gobernados por presidentes, partidos o movimientos que son identificados por la prensa como populistas (Bolivia, Argentina, Brasil, Ecuador ò Venezuela), resulta interesante entender cuáles son las características distintivas de esos liderazgos, qué elementos diferencian su estilo de hacer política de otros que no lo son, qué condiciones facilitaron su emergencia y cuáles son los efectos que ese estilo de liderazgo tiene para la democratización de sus países.

La intención de este libro es estudiar los principales rasgos de algunos líderes contemporáneos, como Hugo Chávez, Evo Morales, Rafael Correa o Álvaro Noboa, y evaluar en qué medida el rótulo de populista calza para su descripción. Para ello, resulta necesario explorar las características de sus liderazgos en clave comparada. Esta es la razón que ha llevado a analizar a los viejos, para compararlos con los nuevos. La idea es conocer diferentes liderazgos, identificando semejanzas y diferencias entre ellos, comparando los nuevos con los viejos y a los nuevos entre sí.

La comparación es necesaria ya que no hacerlo podría llevar a pensar que los nuevos son sólo una extensión de los viejos y no cosas distintas. Si fuera lo primero, Chávez, Morales, Noboa o Correa tendrían que desarrollar estrategias de fuerte intervencionismo estatal, generar inflación y olvidarse del déficit fiscal y las inversiones extranjeras, cosa que hasta el momento no parecen estar haciendo ni manifiestan intención de llevarlo a cabo. Es verdad que los que gobiernan tienen un discurso estatista, intervienen la economía (por lo menos sobre los recursos que les permiten ejercer control político y redistribuir efectiva y/o simbólicamente los beneficios de esos recursos, como el petróleo o el gas) pero no desarrollan programas de sustitución de importaciones, consienten la libre circulación del capital, procuran la disciplina fiscal, controlan el gasto público y la estabilidad monetaria.

La propuesta de éste libro es centrarse en el *corazón* político del populismo y no en su dimensión económica. El modo en que Bucaram bailaba en la tarima durante la campaña presidencial de 1996, las alocuciones de Hugo Chávez desde su programa de televisión *Aló Presidente,* el mesianismo religioso de Álvaro Noboa en la última campaña electoral ecuatoriana o el tono del discurso con el que Alán García agradeció a los peruanos la segunda oportunidad que le daban para gobernar el país en junio de 2006 serían referencias claras de lo que podría ser la esencia y la estética de un liderazgo populista.

El anquilosamiento de la clase política, la débil relación entre el elector y su representante y el poco espacio para la emergencia de nuevas agendas temáticas, líderes o estrategias políticas en el marco de las instituciones democráticas generan escenarios proclives a las crisis políticas y a los líderes antipolíticos. Estos se presentan como fusibles del sistema democrático, ya que permiten alternativas de representación inicialmente dentro del propio régimen. Esto fue lo que ocurrió en Venezuela, donde la extrema desinstitucionalización del sistema de partidos facilitó la emergencia de un líder antipolítico como Hugo Chávez, o lo que se puso de manifiesto en la última elección ecuatoriana con la disputa entre dos tipos de populismos encarnados en los liderazgos de Álvaro Noboa y Rafael Correa.

Los liderazgos populistas serían entonces una respuesta funcional del propio sistema, ya que además de ser una vía para responder a las crisis políticas del momento, también se presentan como instrumentos de incorporación simbólica de sectores que no se sentían incluidos en la comunidad política existente, o como respuesta a la frustración de las clases populares y las clases medias frente a una élite política que no les ha podido resolver los problemas sociales y económicos básicos. La receta política para evitar el populismo sería entonces la estructuración de un sistema de partidos estable, con capacidad adaptativa y habilidad para dar respuesta a los problemas cotidianos de los ciudadanos. Esto es, más inclusión y más democracia en los sistemas políticos de la región.

## *Declaración de intenciones*

Éste es un libro sobre cómo participa la gente, pero también sobre la manera en que se ejercen los liderazgos, el universo simbólico que une a los líderes con sus seguidores y los efectos que esa relación tiene sobre el funcionamiento de las instituciones democráticas. Este es un ejercicio de política comparada, tanto en términos diacrónicos, comparando experiencias en el tiempo, como en términos sincrónicos, analizando las semejanzas y diferencias de lo que se suele denominar de manera similar en términos periodísticos, académicos, sociales y políticos.

Este trabajo, que debe ser considerado como un punto de partida, invita a hacer una relectura de la familia populista en sus múltiples manifestaciones: trata sobre el populismo temprano, clásico y tardío; sobre los nuevos populismos neoliberales y los

contemporáneos, sobre los que visten ropas antiimperialistas y estatistas y, también, sobre los que favorecen la apertura de la economía y aplican las políticas del Consenso de Washington. Explora el modo en que surgen así como los costes que han tenido sobre otras dimensiones del sistema político. Como tal, no pretende abarcar el estudio de todos los fenómenos que en algún momento se hubieran definido como populistas y, por tanto, su alcance es limitado. Muchos liderazgos viejos y nuevos quedan fuera del análisis, con las restricciones que eso supone.

A diferencia de otros textos que asocian neopopulismo con neoliberalismo de manera exclusiva, en este trabajo se sostiene que la categoría "nuevos populismos" responde a un criterio temporal en el desarrollo histórico de la política latinoamericana. En términos analíticos, permite diferenciar a los populistas clásicos de los que han surgido de manera más reciente. Para evitar la confusión se emplea la categoría "nuevos populismos", para mencionar a todos aquellos que no han sido tempranos, clásicos o tardíos (Drake, 1982) y no como una manera de asociarlos directamente con una forma específica de política económica, implementada por algunos líderes latinoamericanos a partir de la década de 1990.

## *Estructura de la obra*

El objetivo es tanto conceptual como fenomenológico. En esta búsqueda por conseguir desentrañar las diferencias y semejanzas presentes en las distintas experiencias populistas, resulta necesario enfrentarse (una vez más) con la tarea de definir y especificar de qué trata (y de qué no trata) el populismo. Se abordan sus problemas como término y las dificultades para construir su concepto.

La propuesta conceptual del libro es entender el populismo como un *estilo de liderazgo,* que se caracteriza por la relación directa, personalista y paternalista entre líder-seguidor, en la que el líder no reconoce mediaciones organizativas o institucionales, habla en nombre del pueblo y potencia discursivamente la oposición de éste con "los otros"; donde los seguidores están convencidos de las cualidades extraordinarias del líder y creen que gracias a ellas y/o al intercambio clientelar que tienen con él (tanto material como simbólico) conseguirán mejorar su situación personal o la de su entorno.

El vínculo entre líder y seguidor puede basarse tanto en una fuerte identificación emotiva como puede ser resultado de las evaluaciones que éstos realizan. Esto hace que sea elegido un determinado líder como la mejor opción de representación política. Estudios recientes han mostrado que los sectores populares tienen capacidad de organización, desarrollan estrategias para relacionarse con los políticos, y sus decisiones pueden deberse más a evaluaciones de coste-beneficio que a pautas emotivas (o por una combinación de ambas). Lo que los individuos, en tanto seguidores del líder populista, piensen y sientan, importa. Sus valores, expectativas y discursos son tan relevantes como la creencia en la superioridad de ese líder debido a sus cualidades extraordinarias.

El populismo sería entonces un modo de interrelación entre líder y seguidores, que se da en un contexto de marginación y pobreza –aunque no exclusivamente– por lo que puede surgir en cualquier momento y lugar. Este ejercicio analítico toma partido por el sincretismo teórico, lo que supone no adoptar ninguno de los enfoques trabajados previamente por los especialistas, sino una combinación de varios elementos que, como un rompecabezas, van dando forma en la primera parte del libro al entramado que se emplea para analizar al populismo.

Esta visión hace énfasis en el modo en que los seguidores se vinculan con el líder, sus evaluaciones y creencias, lo que le convierte en deudora de la perspectiva de la elección racional, ya que la manera en que los seguidores perciban al líder y a la relación que mantienen con él, en cuanto que supone la maximización de sus beneficios tanto individuales como colectivos (ya sean objetivos o subjetivos), resulta clave para comprender las razones que le motivan a apoyarle. Si bien existen limitaciones a la perspectiva de la elección racional (Peters, 2003), ya que los individuos no siempre conocen todas las opciones al momento de decidir, pueden tener información confusa e incluso pueden preferir opciones que le son más perjudiciales que beneficiosas para sus intereses a corto o largo plazo, también es cierto que la manera en que los individuos perciban al líder, las evaluaciones que realicen producto de esa percepción y el modo en que procesen lo que él significa para cambiar la situación en la que viven, resulta fundamental para comprender el populismo.

Diversos estudios han dado cuenta de la racionalidad presente en las relaciones clientelares y también ha sido la impresión que tuve durante el trabajo de campo que realicé para mi tesis doctoral sobre el roldosismo ecuatoriano en sectores marginales del conurbano de algunas ciudades ecuatorianas (1998-2001). La racionalidad clientelar que se encuentra en el corazón del mundo populista, mezcla de acción normativa y utilitaria, es clave en el modo en que esos sectores se integran en la comunidad política y se identifican con ella. Muchos sectores pobres, marginados, que no consiguen (no quieren o no pueden) integrarse por vía de las instituciones democráticas representativas, e incluso clases medias frustradas con las otras opciones políticas, emplean al liderazgo populista como un trampolín al sistema político o como su instrumento político para sentirse representados.

Tras la revisión del concepto, se exploran las características de los viejos liderazgos populistas, las de los nuevos populismos neoliberales y las experiencias más contemporáneas. La idea es analizar a cada uno de los líderes en una serie de dimensiones para poder identificar qué es lo que se mantiene constante y qué es lo que cambia en esos liderazgos, más allá del momento en que emergieron y las políticas que desarrollaron, identificando aquellos que aún cuando han sido identificados como populistas por la literatura, por los medios de comunicación o por sus opositores, no pueden ser considerados como tales, como en el caso de Evo Morales.

Los liderazgos analizados muestran que lo común (lo que se presenta de uno a otro) es el modo directo y personalista en que se relacionan con sus seguidores, la tendencia a carecer de mecanismos de intermediación (o de minimizar su existencia cuando

ese movimiento o partido esté estructurado), la interpelación discursiva del individuo como parte de un colectivo (perdiendo su condición de ciudadano) y en oposición al enemigo de turno del líder, junto al uso de estrategias de movilización de tipo clientelar que le permiten mantener e incluso incrementar la base de apoyo del proyecto político que se defiende.

En la última parte, se comparan las distintas experiencias con la intención de aclarar en qué se parecen y en qué se diferencian diversas manifestaciones populistas dadas en América Latina, ya que las similitudes entre viejos y nuevos estarían más en el estilo de liderazgo que en el tipo de proyecto económico que hubieren impulsado. Un líder puede aplicar cualquier tipo de política, pero mientras lo haga en base a una legitimidad carismática, movilizando desde "arriba" a sus seguidores de manera directa, apelando al pueblo como fuente de esa legitimidad, potenciando discursivamente sus diferencias con un enemigo simbólico y haciendo creer, cual *traficante de ilusiones,* que la salvación está en su política y en su persona, se estará ante un liderazgo populista.

El modo en que los nuevos populismos interaccionan con los procesos de redemocratización de América Latina y los costos que han tenido sobre las instituciones de la democracia también es analizado en la parte final del libro. Si bien el populismo dio voz a quienes no la habían tenido, incluyendo discursiva y políticamente a los sectores excluidos y convirtiéndose en una alternativa de la democracia en espacios donde la clase política tradicional estaba desgastada y ya no representaba a los ciudadanos; también ha polarizado a la sociedad, mermando el pluralismo, minando el funcionamiento de las instituciones y fomentando la actuación como clientes más que como ciudadanos de los sectores populares. En esas páginas se discute de manera provocativa hasta qué punto los nuevos liderazgos populistas pueden llegar a ser beneficiosos o perjudiciales para la consolidación de la democracia en la región.

Aunque algunos esperan que el populismo desaparezca de América Latina, es muy probable que eso no ocurra. Mientras haya grandes mayorías de ciudadanos que se encuentran excluidas de la distribución de los ingresos o de las redes democráticas, siempre habrá escenarios proclives a la emergencia de líderes populistas. El populismo no puede ser entendido como un fantasma que va y viene, que desaparece y regresa cuando menos se lo espera. El populismo está presente de manera permanente en la región, ya que forma parte de la política de sectores sociales mayoritarios, que en cada momento histórico han buscado mejorar la situación en la que viven.

Éste es un libro de política latinoamericana que espera contribuir en la comprensión de los fenómenos que afectan la vida cotidiana de los ciudadanos de la región. No hubiera sido posible sin la confianza, amistad y aliento constante de Manuel Alcántara Sáez, quien desde hace diez años me ha dado la posibilidad de compartir con él mis preocupaciones sobre América Latina, tanto desde el Instituto Interuniversitario de Iberoamérica como desde el Área de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad de Salamanca.

Mi visión sobre el populismo latinoamericano se ha visto puesta a prueba en apasionadas discusiones con diversas generaciones de estudiantes de la asignatura de

"Sistemas Políticos de América Latina" del Máster Oficial en Estudios Latinoamericanos del Instituto Interuniversitario de Iberoamérica de la Universidad de Salamanca, por lo que soy deudora de sus palabras, observaciones críticas y certeros comentarios. Además, debo una mención especial a Carlos Fara, quien gentilmente incluyó algunas preguntas sobre el significado del populismo en su encuesta de opinión pública en Argentina en septiembre de 2006, lo que me permitió corroborar algunas ideas relacionadas con su definición, y a la ayuda brindada por el equipo de la Editorial Síntesis, que siempre ha respondido con entusiasmo y dedicación a todas mis dudas.

Lo más difícil en la elaboración de un manuscrito es encontrar personas que sientan que el texto es suyo y dediquen su valioso tiempo a leer y criticar constructivamente lo que uno escribe. Este libro se ha visto beneficiado por las generosas ideas y sutiles críticas de mis colegas y amigos Víctor Alarcón Olguín, Carlos de la Torre, Enrique Coraza, Fernando Pedrosa, Pilar Domingo, Patricia Marenghi y, de mis maestros y amigos, Virginia García Beaudoux y Orlando D'Adamo, quienes revisaron cuidadosamente una y otra vez mis argumentos. Finalmente, mi principal agradecimiento es para Bernardo González Mesonero, cuya paciencia, apoyo infinito y agudeza crítica han sido esenciales en la tarea de estudiar al populismo e identificar sus implicaciones sobre la construcción democrática. La idea de dedicarle este libro me ha dado fuerzas para terminarlo, convencida de que hoy América Latina es también parte de su mundo.

# Capítulo 1
# El populismo: un concepto camaleónico

El término populismo hace referencia a un determinado estilo de liderazgo, un específico tipo de política, un proyecto económico o a la apelación discursiva al pueblo realizada por un líder carismático. Pero no es lo único que puede describir. Si se revisan los titulares y contenidos de los medios de comunicación de masas se encuentra que, bajo un uso intuitivo del término, casi todo puede ser adjetivado como populista. Se han definido de ese modo regímenes políticos, tradiciones de pensamiento, movimientos sociales, ideologías, modos de participación popular, grupos que reaccionan a la amenaza de la penetración capitalista, políticas públicas, tipos de Estado, movilizaciones a favor de la radicalización democrática y hasta formas de cultura política.

Suele designar a una gran variedad de fenómenos que en principio se parecen y comparten relaciones, pero que pueden responder a orígenes distintos, manifestarse de manera diversa y ser contradictorios en su esencia. Mientras una multitud de términos son adjetivados bajo el mismo rótulo, su uso puede connotar cosas disímiles, que se expresan en contextos regionales y momentos históricos diferentes o, incluso, siendo en el mismo momento, estar describiendo fenómenos distintos.

Por ejemplo, el populismo ruso o el norteamericano se referían a movimientos que reivindicaban lo agrario y tradicional mientras otros, como el africano, eran reacciones anticapitalistas impulsoras de la democracia. En América Latina, el término casi no ha tenido esa connotación rural –salvo contadas excepciones como la del cardenismo mexicano o el ruralismo uruguayo– y ha identificado originalmente a movimientos de tipo urbano, que se dieron en su forma clásica como respuesta a la movilización social de la década de 1920 y a la crisis económica de 1929, lo que provocó la caída de los regímenes oligárquicos.

Todo ello muestra que el populismo como término es variable y polisémico, que puede ser urbano y/o rural, progresista o conservador, capitalista o anticapitalista, de masas y de élites, socialista o fascista, de izquierda o de derecha. Desde múltiples ámbitos, se ha empleado el término cuando la realidad que se quiere conocer es imprecisa o cuando no se sabe muy bien qué es lo que se quiere describir. Como afirma Taguieff (1995), "la desventura del término populismo es haberse hecho popular". Cuando una política, un movimiento, un liderazgo o un gobierno se escapan de lo que se espera de la política tradicional, se la ve como anómala o no se sabe bien qué es, entonces, se la denomina como populista.

A pesar de ser uno de los fenómenos más relevantes de la historia de América Latina, no siempre ha sido bien valorado. Detrás de su análisis hay mucho de normativo, impreciso, peyorativo e incluso inoportuno. Genera miedo o, por lo menos, reacción a lo desconocido. Aun cuando proliferan estudios sobre él, en cada lectura emergen nuevos interrogantes. Se le ha denominado de todas las maneras posibles: como un fantasma, el repugnante otro, el zapato de la cenicienta, una manifestación aberrante y anormal de sociedades en transición, un síndrome, un espectro o un virus patológico del movimiento obrero.

Quienes se sienten vinculados a estos líderes y movimientos reaccionan de manera sumamente dispar cuando se les llama populistas. Algunos recogen el rótulo y lo asocian a "pueblo" y aceptan con agrado ser llamados de esa manera. Otros, en cambio, se esfuerzan en demostrar que el líder o movimiento al que defienden no forma parte del populismo y recogen el sentido despectivo del término. Esto muestra que, aun cuando es ampliamente utilizado, no hay consenso respecto a lo que significa y que las reacciones que provoca no son homogéneas.

Si bien a muchos les gustaría erradicarlo de la faz de la tierra, es imposible no pensar en él cuando se trata de conocer la realidad política de América Latina. En este sentido, no puede entenderse como un fenómeno transitorio, producto de una crisis concreta o de algo anormal (De la Torre, 1994). Hay países donde el populismo es una de las pocas maneras que tienen los sectores populares para relacionarse con los políticos e, incluso, suele ser considerado como un tipo de manifestación cultural de determinados sectores de la sociedad.

Los académicos tienen opiniones distintas sobre sus atributos específicos como término, sobre cuáles son los límites que describen su dominio primario y son reacios a aclarar conceptualmente su significado. También hay dudas respecto a si existe un elemento común subyacente bajo todas las formas que son denominadas como populistas o si se designa con el mismo nombre a un conjunto de experiencias desvinculadas entre sí. No es de extrañar, entonces, que todo libro o artículo que trata sobre el tema dedique su parte inicial a redefinirlo, sabiendo de antemano que su esfuerzo no será más que otra tarea inconclusa.

Cada intento por definir el populismo está condicionado por las experiencias que se han dado en el país que se estudia, por la propia cosmovisión del observador y por el espíritu de la época en el que se ha desarrollado. Las interpretaciones han estado influenciadas por los sentimientos y prejuicios del que describe el fenómeno o al contrario, por cierta idealización respecto a lo que las personas son capaces de hacer en sus relaciones políticas. Quizás por todo ello muchas definiciones no han conseguido "viajar bien" de un país a otro ni han sido capaces de aclarar a qué se refiere el contenido que se pretende describir con el concepto de populismo.

En la actualidad, el populismo sigue siendo un gran desconocido, al que todos citan, muchos apelan, pero muy pocos conocen. Ha sido visto en muchos lugares, épocas y contextos. Existe un populismo de los países menos desarrollados, pero también uno europeo y norteamericano, como el de Silvio Berlusconi en Italia, Jean

Marie Le Pen en Francia, Jörg Haider en Austria, Ross Perot o John Nader en Estados Unidos, aunque cuando es evidente que son diferentes entre sí y respecto a los latinoamericanos.

No hay que extrañarse entonces de que, como el camaleón, el populismo cambie de colores según la ocasión o de que, en la mayoría de los casos, se adapte a las circunstancias en las que nace y se desarrolla. De algún modo, se mimetiza a los actores que compiten en el escenario en el que surge. Por eso, a este concepto esquivo es tan difícil atraparlo. Como señaló Isaiah Berlín en una conferencia realizada en Londres, en mayo de 1967, al referirse al populismo:

> [...] existe un zapato –la palabra populismo– para el cual (hay) un pie en cada lugar [...] Existen toda clase de pies que casi lo pueden calzar, pero no nos deben engañar estos pies que casi ajustan a su medida [...] en algún lugar [...] espera un pie denominado como populismo puro [...]. (En Mackinnon y Petrone, 1999: 11.)

## ¿Cómo definir el populismo? Problemas y estrategias

Elaborar la definición de un concepto es una de las tareas más complejas pero también más importantes de las Ciencias Sociales. Consiste en establecer el modo en que un término describe lo abstracto, de manera lo suficientemente amplia como para abarcar realidades diversas, al mismo tiempo que es capaz de dotarse de un claro referente empírico y ser capaz de describir lo concreto. El modo en que se lleve a cabo este proceso así como los criterios empleados y las estrategias usadas condicionará la definición resultante y el contenido que ese concepto denotará.

La dificultad para elaborar una definición clara de populismo ha llevado a algunos autores a señalar que esta categoría no cuenta con estatus científico, al punto de proponer renunciar a su definición, abandonar el uso del término (Roxborough, 1984), dudar de su utilidad (Solari *et al.,* 1976: 543), negarse a elaborar una teoría explicativa general (Canovan, 1981) o seguir tratándolo de manera intuitiva (Mouzelis, 1985; Canovan, 1981). Frente a esa tesis negativa, la mayoría de los autores abordan el fenómeno desde perspectivas optimistas, destacando "lo que hay de lo que no hay" y proponiendo una visión más afirmativa de su significado (Mackinnon y Petrone, 1999: 43).

## Seis obstáculos que dificultan la tarea

El populismo enfrenta por lo menos seis obstáculos o problemas que dificultan su definición. Ésos son: *a)* su ambigüedad, *b)* su vaguedad, *c)* el obstáculo del conocimiento general, *d)* su estiramiento conceptual, *e)* el nivel de generalización que se pretende

alcanzar con su uso y *f)* el de los prejuicios de los observadores. El primer obstáculo es el hecho de que su significado no *calce* bien en el término. Esto es lo que suele denominarse como *ambigüedad conceptual* y significa que puede entenderse de varios modos o admitir diversas interpretaciones, lo que induce a la confusión e incertidumbre. Como suele suceder cuando la extensión del concepto crece, su precisión se pierde. Frente a la pregunta: qué es el populismo, existen muchas respuestas, lo que significa que aún no se ha podido detectar el dominio primario del concepto, que permitiría diferenciarlo de todos los demás, aumentar su precisión y reducir su extensión.

El segundo problema tiene que ver con la poca definición empírica del término. La dificultad en el proceso del conocimiento aumenta cuando el concepto, además de ser equívoco, por tener muchos significados, resulta ser indeterminado. Esto es lo que se llama *vaguedad* y refleja el hecho de que un concepto no expresa concretamente lo que intenta definir de la realidad, no marca claramente cuáles son sus límites, dónde empiezan y dónde terminan sus fronteras ni establece cuál es su referente. Tiene poca capacidad denotativa, lo que significa que aún no se han podido establecer todas aquellas cualidades o características que lo diferencian del resto.

Cuando se quieren describir fenómenos populistas es difícil encontrar en la definición el conjunto de atributos que permiten diferenciar a los populistas de los que no lo son y, entre todos los que se suelen llamar populistas, poder identificar los diferentes subtipos. Las definiciones sobre populismo son demasiado declarativas y poco operacionales, con lo que quedan en un nivel de abstracción lo suficientemente alto como para dificultar la tarea de encontrar indicadores que ayuden a observarlo empíricamente.

El tercer obstáculo tiene que ver con la barrera del *conocimiento general.* Quienes usan el término enfrentan uno de los problemas científicos señalados por Bachelard (1948) al sostener que, en el proceso de conocer las personas tienen una idea general, aunque sea intuitiva, sobre lo que significa el concepto, y esto condiciona su percepción del mismo y el proceso de definición. Esa imagen que se tiene de él, por tanto, obstaculiza el proceso de conocimiento.

El cuarto problema es el de la *elasticidad o estiramiento conceptual* (*conceptual stretching*), que hace que un concepto con características constitutivas más o menos definidas para un momento específico o para un contexto concreto, sea trasladado a otras situaciones, con peculiaridades propias que poco tienen que ver con las primeras. Esto ocurre si se emplea el concepto de populismo para casos que no incluyen los atributos definitorios (primarios) del término. Si se modifican para incluirlos, entonces, se está estirando ese concepto, al punto de quedar vacío de contenido.

Esto conduce al siguiente obstáculo, el quinto, que está relacionado con *el nivel de generalización que se espera encontrar con su uso.* O bien es un concepto que permite describir claramente lo que ocurre con una determinada manifestación de populismo, pero que no viaja bien cuando se lo lleva a otros contextos o, por el contrario, resulta ser tan generalista que engloba a todas las transformaciones económicas, sociales y políticas relativas a un período, que pierde utilidad porque no discrimina respecto

a las diferencias. Una manera de resolver este dilema es eligiendo algunos rasgos con cierto nivel de generalidad que permitan el estudio de diversos casos, minimizando la importancia de otros.

El sexto obstáculo se refiere al hecho de que *muchos investigadores no han podido separar su opinión de la descripción y explicación del fenómeno*. La valoración negativa del populismo, por ejemplo, era hecha por los teóricos de la modernización (Germani, 1968) en comparación con los procesos que se habían dado en las sociedades desarrolladas. Se asociaba el populismo a lo aberrante y anómalo, el retraso de las sociedades que lo experimentaban frente a lo normal de otras latitudes. También se lo relegaba a la "mera retórica" (Laclau, 2005: 34), de manera despectiva, como si fuera un discurso inferior.

De esta manera, muchos prejuicios respecto a la experiencia populista se trasladaron a su conceptualización, generando uno de los problemas que afectan al espíritu científico: el de subjetivar en función de los propios valores el objeto que se quiere estudiar al degradar su significado. Esta actitud de "condena ética" (Laclau, 2005: 30) surgió en plena crisis del Estado liberal y supuso el retraso de la expansión de esa ideología en la región. Por tanto, muchos de los intelectuales liberales lo han visto como la peor de las manifestaciones sociales. Lo mismo ocurrió con los defensores de la democracia elitista, para quienes los liderazgos y movimientos populistas supusieron disrupciones en la evolución del sistema político democrático.

Aun cuando los liberales puedan tener razón, juicio que estas páginas no pretenden hacer, la observación *parcial* que ellos han realizado del populismo ha estado condicionada por sus valores, lo que ha dificultado y retrasado el conocimiento de este fenómeno como proceso de participación social, así como también ha incurrido en uno de los errores más graves en el proceso de producir conocimiento: el de confundir los valores del investigador con la descripción de la realidad que se pretende observar.

## Diversas estrategias conceptuales usadas para definir el populismo

La confusión que existe al definir el término populismo aumenta al encontrar que los académicos emplean diferentes estrategias en el momento de llevar a cabo su conceptualización: la de acumulación, la de adición o la de redefinición. La cuestión se complica porque al mismo tiempo que se utilizan diversas estrategias se hacen proposiciones sobre su naturaleza, su emergencia o sus efectos (Mackinnon y Petrone, 1999: 21). La primera estrategia empleada para definir al populismo ha sido la *acumulativa*, caracterizándose por la construcción de una definición en la que se da la presencia simultánea de atributos de diversos ámbitos (discursivos, políticos, económicos y sociales), convirtiéndolo en un concepto múltiple que incluye diversas esferas. El fenómeno populista se daría cuando *todas* las características están presentes y la ausencia de alguna de ellas denotaría que se está ante un objeto de estudio distinto.

La mayoría de los autores han empleado esta estrategia desde la década de 1960 a la de 1980, inspirados por las teorías de corte socioeconómico, las del desarrollo y subdesarrollo, dominantes en esos momentos. Este tipo de conceptualizaciones, como la de Germani o Di Tella con la teoría de la modernización y O'Donnell, Cardoso y Faletto con la de la dependencia, asumían que los procesos socioeconómicos moldeaban y dirigían las políticas y sustentaban la idea de que existían considerables características comunes entre las diferentes manifestaciones del populismo.

Este tipo de estrategia elaboraba definiciones que combinaban los atributos centrales a través de un lógico "y", que se empleaba cuando todas las características principales estaban presentes y ayudaba a identificar los casos más promisorios entre un número pequeño de ellos. Eran definiciones que exigían parámetros altos para la inclusión de los casos, minimizando el problema de las afirmaciones falsas y con baja capacidad empírica.

La creciente divergencia entre las estrategias políticas populistas y las características socioeconómicas del populismo clásico llamaron a cuestionar las definiciones acumulativas. La emergencia de liderazgos como el de Carlos Menem o Alberto Fujimori, incluso el de Alán García, más próximo al populismo clásico aunque en un contexto diferente, llevó a pensar en la necesidad del replanteamiento de esta estrategia conceptual. Por tanto, como ha sostenido Weyland (2004: 24), el resurgimiento del viejo populismo en la década de 1980, liberó el concepto de populismo de ese corsé acumulativo.

Esto llevó a emplear otra estrategia de definición, conocida como la de la *adición,* que conecta los diversos atributos, haciendo que estén relacionados entre sí pero que no sean ninguno de ellos excluyentes o resulten condiciones indispensables para que se dé un fenómeno determinado. Esto hace que las características propuestas por diferentes autores se relacionen entre sí con un lógico "o". Sólo los casos que cumplen con todos los atributos son considerados instancias completas, mientras que aquellos que comparten algunas características son "subtipos disminuidos" (Collier y Levitsky, 1998). Esta estrategia crea *conceptos radiales,* que también suponen definiciones múltiples que facilitan el acuerdo conceptual pero que a la vez tienen conflictos de límites porque engloban atributos de diferentes dominios.

Esta estrategia ha sido empleada por aquellos que, al emerger los nuevos populismos en las décadas de 1980 y 1990, en un contexto socioeconómico diferente al del populismo clásico, vieron que esos gobiernos –incluso los que ponían en marcha programas neoliberales– desarrollaban algún tipo de populismo (Roberts, 1999: 102-108) y para ello necesitaban una definición de dominio múltiple pero menos exigente que la anterior. Es decir, una que permitiera analizar tanto a los viejos populistas como a los nuevos, surgidos en un contexto sociopolítico novedoso.

En esta línea, Roberts (1999: 88) propuso una conceptualización radial de populismo en base a cinco rasgos prototípicos: *a)* un estilo de liderazgo personalista y paternalista; *b)* una coalición política heterogénea y policlasista que le sostiene; *c)* un proceso de movilización política, que pasa por alto las formas institucionalizadas de

mediación; *d)* una ideología ecléctica y *e)* un proyecto económico que utiliza métodos redistributivos o clientelistas, con el fin de crear una base material para el apoyo de las capas populares.

La presencia de estos atributos caracteriza al populismo en su máxima expresión, mientras que la ausencia de algunos de ellos establece subtipos disminuidos, que también integran la familia de los populismos. El problema de este tipo de definiciones múltiples está en que no resuelve definitivamente la confusión y, como señala Vilas (2003), abusa de la elasticidad conceptual, al punto de presentar una imagen distorsionada de la realidad. La descripción de los rasgos relevantes es socavada por la misma proliferación de excepciones que surgen una vez que se emplea este sistema de definición (Laclau, 2005: 15).

En este sentido, Weyland (2004: 29) propone abandonar los intentos acumulativos y radiales y centrarse en una tercera estrategia: la *redefinición del concepto ubicándolo en un solo dominio*, lo que significa identificar el dominio primario, dentro de las diferentes esferas, y descartar atributos que no lo son tanto (las cualidades accidentales). El autor define entonces al populismo como "una estrategia política a través de la cual un líder personalista busca o ejerce el poder mediante el apoyo directo, sin intermediación y no institucionalizado, de un gran número de seguidores que son principalmente desorganizados". Esta estrategia hace que el populismo se convierta en un fenómeno exclusivamente político, dejando en segundo lugar cualquier atributo sociológico, económico o cultural. Lo mismo ocurre cuando se lo define como un determinado tipo de política económica concentrada en métodos redistributivos de aumento del déficit y del gasto social. Aquí el dominio primario cambia del político al económico, como han propuesto Dornbusch y Edwards (1992) en su economía política del populismo.

En resumen, el populismo como concepto tiene serios problemas: es vago, ambiguo, elástico, tiene dificultades para viajar, adolece de capacidad empírica y tiene bastantes enemigos o, por lo menos, a muchos no les cae bien, lo que hace que se le observe con prejuicio y rencor. Además, no existe una única estrategia para definirlo: hay acumulativas, aditivas o radiales y unidimensionales, lo que confunde aún más el panorama. En este escenario, lo más difícil no es conseguir un concepto que calce bien en muchos casos (su extensión) sino que sea preciso y marque cuál es la categoría común que les une ("dominio primario") y el vínculo que les relaciona. La tarea clave para poder avanzar en el conocimiento empírico del populismo es poder encontrar las características necesarias (definidoras y definitorias) sin las cuales el concepto no tiene aplicabilidad. De ahí la necesidad de elaborar definiciones mínimas y operativas sobre el término, como la que se propone a continuación, renunciando a la pretensión de una teoría explicativa general.